

# Diario de viaje: Arequipa

Enrique Verástegui

Todos los caminos son flechas, todas las flechas ómnibus que no se detienen sino para depositar al pasajero en el lugar del destino elegido.

Todavía, a cerca de las 9 y un poco más, en Lima: a una cuadra de la empresa Roggero, donde debo tomar el ómnibus que debe depositarme (¿escritor a cuyo paso todo florece en el fuego de la reflexión de su mente como cuando se permanece enamorado?) en Arequipa. Este viaje no tan aparentemente sereno –como cualquier otro que uno se atreva a hacer– es la imagen de una aventura: Arequipa, primera gran ciudad del país –después de Lima–, una espera. ¿Qué más? Tal vez una muchacha: el amor es la ciudad en su verdadera dimensión de existencia agitada.

Sin embargo: no hay sin embargo (ahora, por lo menos para esta línea).

¿Cuál es la historia de este amor aún no vivido e incluso todavía desconocido y sin embargo ya imaginado?

Un domingo hace no muchas semanas –unas cuatro, digamos para centrar el tiempo de este espacio– deseé viajar hacia la sierra.

Una noche –domingo todavía en el desolado invierno limeño– un amigo, extraordinario novelista por lo demás, me llamó al teléfono (mi mujer, otra gran escritora, trabaja con él en la Universidad Nacional de

Educación La Cantuta en un proyecto de investigación sobre los aportes —espero que también los defectos, que es, quizá, igualmente interesante— de la llamada “generación del 50”). Miguel Gutiérrez, que no hacía mucho había vuelto al país, me invitaba, por intermedio del rector de la Universidad San Agustín de Arequipa, a trabajar en el proyecto de la redacción de textos para la revista de esa universidad.

Su hermano —es lo que tengo entendido, por lo que me ha dicho Carmen— es rector de esa universidad.

—No es un trabajo muy difícil —dice Miguel.

—Correcto —digo, y agrego: —además, como no conozco Arequipa, me va a caer muy bien llegar a ella. ¿Sabes? Tuve siempre muchas enamoraditas que me hablaron de Arequipa como una ciudad bellísima.

Aquello de las enamoraditas con dulces pecas marrones sobre el cutis rosado es cierto. Arequipa para mí es un amor: y su carácter, aprendido a estas chicas cuando era yo estudiante sanmarquino, es el mío.

Miguel, como siempre, aunque he hablado muy poco con él, se pone nerviosísimo al teléfono.

—Mi hermano —dice— está alojado en el hotel Wilson: puedes llamarlo esta noche, después de las diez, o mañana temprano entre 7:30 y 8 a.m.

—Prefiero llamarlo mañana —digo, sabor de trago en los labios, y pensando que una noche es, de todos modos, una noche para decidir, aunque, ciertamente, ya tengo decidido aceptar esto.

Cuelgo el teléfono, y le digo a Carmen: —Miguel Gutiérrez me ha llamado para invitarme a un trabajo en la universidad de Arequipa.

—Acepta —me dice Carmen.

—Sí —digo, mirándola seriamente—, pero le he dicho que le voy a confirmar mañana.

Leo, como siempre, algunos libros. Una, dos de la mañana: después, la música se va disolviendo lentamente, cierro mis libros, me duermo tranquilamente. En mi interior, este viaje está ya decidido aun cuando ni siquiera piense en ello. Al otro día, temprano, despierto.

Enciendo un cigarrillo, bebo un vaso de leche. Hago tiempo: he decidido que a 5 para las 8 llamaré al señor José Gutiérrez, al teléfono que se me ha dado, a la dirección indicada.

—¿Se encuentra el señor Gutiérrez?

El tipo encargado del teléfono me dice que lo va a llamar, y que espere unos segundos.

—¿El señor Gutiérrez? —pregunto, nervioso.

—Sí.

—Miguel Gutiérrez me llamó anoche para decirme (en realidad, para ofrecerme) un trabajo.

El señor rector me dice cuales son las condiciones del trabajo: yo, por mi parte, pongo las mías. Digo que necesito un corrector de pruebas y que, en cuanto a diagramación, no sé nada. El rector me afirma que consultará esto con el consejo ejecutivo y que, por intermedio de Gutiérrez (de Miguel), me mandará avisar si acepta o no lo que he propuesto. Correcto —digo.

Pasan algunas semanas.

Miguel me llama: el consejo ejecutivo de la universidad, me dice, acepta mis propuestas y el rector —que es su hermano— acaba de enviarme los pasajes.

Llamo a Dalmacia: —me voy a Arequipa —le digo.

Dalmacia se alegra y me dice que Alonso, su primo —un gran poeta, por lo demás— me va a recibir muy bien, y que además está Chanove —otro poeta— y muchos poetas más. Que puedo dar muchísimos recitales, incluso con entrevistas para la TV, y hacer un taller de poesía. Yo me alegro: estoy dispuesto a viajar hoy mismo. Entratanto Carmen ha ido donde los Gutiérrez —Miguel y Vilma— a recoger los pasajes. Estoy nervioso: a su vez quiero estar ya en Arequipa, ciudad cuyos poetas me gustan muchísimo.

En mi primer día —o noche— conozco a Guillermo Mercado, un poeta perteneciente a la generación de la vanguardia de los años 20/30.

Lugar: librería Aquelarre.

Aquella noche salimos a caminar por el centro de Arequipa con Tomy Ramírez, dueño de Aquelarre, y con su hermano, con quienes nos dirigimos a comer —hace 24 horas que estoy viajando y literalmente mi cuerpo tiembla como una casuarina sacudida por el viento— en un buen restaurante.

El lugar del alojamiento no deja de ser extraño pero me parece demasiado alejado de la ciudad aun cuando tenga la posibilidad de enamorar allí a muchachas que estudian enfermería (queda a la vuelta del pabellón de Enfermería): para mi trabajo, sin embargo, es demasiado alejado.

Esa misma noche trato de ubicar a Alonso: desde su casa –estoy llamando desde una farmacia situada aproximadamente a una cuadra de la escuela de enfermería donde me alojo– me contestan que esa noche viaja hacia Lima. Entonces: imposible ubicarlo. Me siendo más desolado que nunca: flor, espada, y fuego abandonado en la tarde de una ciudad desconocida pero hermosa. Una sensación de soledad y de impotencia increíbles. Decido dirigirme hacia la plaza de armas de Arequipa: de cualquier forma me desespera dormir aquí y prefiero caminar toda la noche o dormir sobre una banca de la plaza de armas. Después de todo siempre existe un amigo ocasional que puede brindarte su alojamiento. Tomo un taxi. Una cuadra antes le digo le digo al chofer que prefiero me dejase en la compañía de teléfonos: precisamente queda allí. Llamo hacia Lima: contesta Carmen. –Alonso se va esta noche hacia Lima, ni un amigo –digo. –Ubica la librería Aquelarre –dice Carmen. Más calmado salgo de la compañía de teléfonos y me dirijo hacia la primera esquina que encuentro: pregunto allí por la librería Aquelarre. Me dicen que a una cuadra queda la oficina del INC en Arequipa. Hacia allí me dirijo: luego sé que queda a pocas cuadras de la plaza de armas, en una de sus paralelas. Felizmente encuentro en Aquelarre al hermano de Tomy y todo se resuelve momentáneamente. Entonces saco del bolsillo de mi casaca una botella de ron y me pongo a beber desesperadamente. Tengo ya 24 horas de viaje y ningún alojamiento.

¿Cómo resolver todo esto?

Esa noche, después de comer, nos encontramos en una calle con Dino Jurado –bellísima persona, muy buen poeta– quien nos contacta con los amigos que busco: están en una fiesta de despedida de una amiga que esa misma noche parte hacia los EE.UU. Hacia allí nos dirigimos: están Alonso, Chanove, otros amigos, algunas chicas. No puedo ni

probar un trago: nada me apetece, los ojos enrojecidos por el cansancio se me cierran. Estoy agotado. ¿Con quién dormir? ¿Dónde dirigirme? A la escuela de enfermería no pienso volver: se lo digo a Alonso, quien me dice que esa noche parte hacia Cusco pero que a su vuelta podrá alojarme. Estoy desesperado, cansado: siento, por momentos, ganas de volver hacia Lima. Al fin Chanove se ofrece a darme alojamiento por pocos días: en el auto de un amigo nos dirigimos a recoger mi morral de viaje de mi cuarto en la escuela de enfermería pero es ya de madrugada y todo está cerrado. Volveremos el próximo día. El auto enciende el motor, da una vuelta y por la misma berma de doble tránsito se dirige hacia el centro de Arequipa. Chanove, sin embargo, vive en una zona elegante. Llegamos. Esa noche duermo, después de mucho tiempo, con pérdida total de la conciencia.

Es un sueño reparador.

Estuve tres días en casa de Chanove.

Un especialista —si es que se puede llamar a la pasión hacia algo "especialidad"— en Joyce. Todos los libros de Joyce, una biblioteca atiborrada de libros que se acumulan en toda la habitación. Conversamos una serie de cosas pero sobre todo llegamos a comprender que cada cosa por el hecho de alejarnos de ella al intentar explicarla no podía dejar de ser un tema: soledad, tristeza, belleza, teología, suicidio, vida, podían ser entendidos como concepciones de culturas diversas —para Chanove como para mí el suicidio era un hecho cristianamente amoral como podía ser aceptado por los japoneses— y el problema consistía en vitalizar categorías existentes sólo como categorías no aplicables a la realidad: para mí al menos expresar una verdad consistía no necesariamente en una pura expresión gramatical porque, de lo contrario, llegaríamos a concebir el mundo como pura retórica en vez de como gramaticalidad de la vida. El problema entonces por de pronto no podía elucidarse como una conversación de poetas bohemios —sus obras quizá llegaban a plantear tanto como quizá por ello mismo a intentar resolver la cuestión del ser— en un cuarto lleno de libros pero tampoco podía dejar de reconocerse que en la discusión de poetas bohemios se planteen las cuestiones que enriquecen a la filosofía: la Academia, en este sentido, que es el sentido de su propia negación como filosofía, no hace otra cosa que especializar lo que se produce como vida. Sin embargo, no se le

puede negar trabajo a los académicos: la vida no niega trabajo pero se produce a pesar de las oposiciones del pasado.

¿Qué es la vida? Un hacer, un producir, un elaborar, un construir.

Si alguien se opusiese intolerablemente a la construcción –obras de arte, fábricas, ciudades– entonces estaría proponiendo intolerablemente el genocidio de la creatividad humana porque el hombre existe porque produce.

¿Qué es el hombre? Una producción de sí mismo pero de un sí mismo interrelacionado al propio proceso de la humanidad.

Este proceso es la obra.

Sin embargo, la obra es el propio sentido del mundo al mismo tiempo que su signo.

El hombre es, entonces, la obra de la que no puede prescindir la humanidad en su marcha hacia la concretización del sentido producido como conciencia humana.

Prefiero no abrir todavía el fólter con el material –fotografías y documentos– que debo organizar. El fólter contiene:

1. Archivo fotográfico.
2. Documentos pesados e ilegibles sobre las propiedades de la universidad.
3. Relación de facultades académicas.
4. Funciones de cada facultad.
5. Relación de servicios universitarios.
6. Proyecciones sociales de la universidad hacia la comunidad.
7. Etc.

Dedico estos primeros días a caminar, pasearme por las calles de Arequipa sintiéndome alguien necesariamente imprescindible para el trabajo –un trabajo que debo concebir como técnica de la escritura– por el que la universidad me ha traído desde Lima. Todo esto me parece bellísimo, hermoso, increíble. Su cielo es una bóveda azul en el que mis ojos contemplándolo se extasían. Sus calles poseen una belleza que no he conocido en otro lugar: gruesas paredes talladas como grandes bloques de sillar –el mármol arequipeño color blanco perla– se elevan para presentar una sensación imponente. Un diseño barroco en la



arquitectura de sus volúmenes –parques, flores, iglesias– que se entrecruzan como una mixtura parece un sueño. Todo es hermoso, escribir un poema aquí es una delicia: pensar, la concretización de ese poema que expresa la sensibilidad de la reflexión.

Un día: Anoche: insomnio. Empiezo a computar cosas paranoicas: ¿qué hago aquí? No comprendo nada: por otra parte, comprenderlo todo significa no otra cosa que el absurdo. Entre esto y lo otro: el equilibrio. Estás loco: me he dicho y al decirme esto ¿recupero la lucidez?

Esto es el producto –me refiero a la paranoia– de pensar sin escribir: de este modo sólo sé que el pensar es el escribir (¿qué significa escribir?) y el pensar –concebido de este modo– no existe (esto es: que su no existencia es precisamente la paranoia).

Otro día: Desde que no escribo poemas me siento tan bien: ¿qué es la felicidad?

No es absurda la pregunta: puede serlo, en cambio, responderse. La infelicidad es una felicidad para algunos, para otros, tal vez para muchos –entre éstos puedo situarme–, es una búsqueda.

En fin, no es todavía este mi problema.

Según Mallarmé, y varios más, afirmarse feliz es estúpido.

Sin embargo, el arte es una forma de búsqueda de la felicidad (que es, ahora lo comprendo, el sentido de la vida: la felicidad es la búsqueda de este sentido).

Una vida más angustiada buscará afirmarse en la felicidad: afirmación, de todos modos, frágil. No porque la felicidad sea imposible, sino porque alcanzar la felicidad es llegar al sentido absoluto y disiparse en él (la inacción como sabiduría) –algo con lo que no estoy de todos modos de acuerdo.

Mi felicidad es escribir sobre la búsqueda de la felicidad: el yo pleno, armónico y total que se realiza a través del amor en otro yo –cuerpo y mente– que pueda interaccionarse a esta búsqueda, pero ya como obra.

Estoy lejos de Lima, y con Lima en mí: Carmen, ¿se ha preguntado por mí en estos días? –esto es: ¿me ha deseado? Yo, sin ella, me

angustio. Ella, sin mí, ¿se angustia? Sin embargo, no hay inseguridad en torno a este problema: es, sencillamente, amor –a su dimensión reflexiva.

Un diario de amor como éste (y la soledad dispone al amor) en una ciudad en la que la belleza, aunque obviada –¿por quién, y a causa de qué?–, existe predispone a estas notas.

¿En qué consiste la soledad?

He venido a conocer la soledad en Arequipa y esto no implica que antes yo no conociera la soledad: sencillamente, aunque existía, no me la había cuestionado (escribir poemas, por ejemplo, es una metáfora de soledad pero no necesariamente un preguntarse sobre la soledad: el poema es, sobre todo, alegría, el reconocimiento pleno de un ser en el mundo) y ahora a los poemas –en realidad, el poema es el producto de una concepción– prefiero esta situación nueva en mi vida: la de alguien que se indaga por su propia soledad.

Todo se va arreglando lentamente: demasiado alejado de la ciudad he preferido no utilizar el departamento que ha dispuesto la universidad para mí y me alojo ahora en casa de Dino Jurado –una bellísima persona color moreno azabache, sociólogo de profesión, con una formación literaria bastante excelente y que me sorprende–. Su cuarto, bastante estrecho, no queda tan alejado del centro pero es mucho más tranquilo –al menos porque se encuentra ubicado en un barrio bastante popular– que cualquier otra posible habitación: ligeramente pobre, no deja de ser bastante románticamente atractivo sin embargo. El cuarto está situado en un callejón al que se ingresa tocando previamente la puerta: en su interior viven algunas personas que mantienen una relación bastante estrecha con Dino –incluso me da la impresión de que lo cuidan como a un hermano–. Dino posee una cama, una mesa situada frente a una ventana, y un estante de libros. Un cuarto demasiado estrecho para una persona que vive en la provincia. Esto me produce la sensación de la soledad que debe sentir Dino: sin embargo, me agrada este ambiente. Menos suntuoso, me recuerda a las habitaciones de los estudiantes pobres. Duermo en un sliping que estiro sobre el suelo en la noche. Su



biblioteca ha sido seleccionada con buen gusto y encuentro allí autores interesantes a quienes leo con placer. Conversamos de poesía, sobre todo: nuestros gustos no se contraponen –Yeats, Eliot, Seferis, Cavafis, Jiménez– y, todo lo contrario, se engarzan (somos la misma generación, después de todo). Nunca había estado antes en una ciudad tan hermosa como ésta: Arequipa es bellísima, y las mujeres que caminan por sus calles, atterradoramente hermosas. Ojos grandes, labios perfectamente trazados, cuerpos espléndidos: una belleza agresiva. Son conversadoras y no dejan de sonreír cuando las miro: a su vez, sonrío, una forma dulce del enamorar. En el centro, tomo una cerveza, observo la plenitud de la plaza de armas de Arequipa.

Al fin, me decido a empezar el trabajo: posesionado del escritorio de Dino escribo rápidamente. Página tras página voy organizando –a su vez que sintetizando– el material de la universidad: sintetizar eso, en tan breve tiempo, tengo un mes de plazo, debe ser una proeza.

Dino llega de su trabajo: me observa escribir ininterrumpidamente. El trabajo marcha velozmente: me siento perfectamente. Dino me invita a salir: bares, restaurantes. A veces prepara café: entonces nos ponemos a conversar sobre la época pero ya tengo el trabajo concluido.

He trabajado a toda prisa.

Estoy satisfecho.

Temprano, por la mañana, con el material de mi trabajo en la mano, me dirijo a la universidad. Una vieja casona colonial, estilo barroco arequipeño. Pregunto allí por la jefa del Departamento de Asistencia Social, quien no me hace esperar demasiado, y le propongo el material que ya he escrito.

Acepta pero debe revisarlo también el rector: no me parece inusual, tienen derecho a cuestionar lo que no les pareciese correcto.

Sin embargo, el trabajo es perfecto.

Me felicitan por ello.

Todos los días me encuentro, al atardecer, con Ramírez, quien, con su hermano, y por supuesto, con Walter Márquez, uno de los poetas de

mi generación que más estimo, me invita a beber algunos buenos tragos en los elegantes bares de Arequipa.

Tengo ya una o dos semanas, quizá un poco más, en Arequipa: quisiera volver ya a Lima. No son estos años donde yo hubiera podido ser recibido de otro modo: no me decepciona Arequipa, me decepciono yo de mí mismo. Soy aquí, como en todo sitio, un desconocido: ciertamente prefiero esto a cualquier otra cosa, y ciertamente se me ha invitado –no de un modo que pueda considerar correcto– a un recital.

La soledad: nuevamente. Sólo existe un sentido ante este problema: desaparecer el problema y transformarlo en una solución adecuada.

¿Cuál es la solución (y solución adecuada además) a la soledad? –evidentemente la soledad entre varios es una soledad aún más terrible que la soledad en mí mismo.

Sin embargo, voy conociendo a los escritores arequipeños (espero que a los mejores). Se dice que soy un gran poeta: preferiría no saberlo y mi función es nada más que escribir.

Todavía no he escrito un solo poema en Arequipa: y, además, mi trabajo no me lo permite aún. No son notas para un Diario de viaje a la bella tierra del Misti lo que ahora escribo: expresiones de una angustia en un momento determinado. ¿Y la felicidad?

Es mejor que mi felicidad sea, por ahora, mi angustia: la angustia de no poder resolver el problema de mi soledad: ¿Puede ser esto correcto? ¿No sería aún más correcto decir que todo problema es una metáfora de la soledad aún no totalmente resuelta? –el amor, entonces, precisamente por esto, no es soledad: es una transformación de la soledad en crítica de lo que la vuelve posible. Recuerdo ahora una frase que me pronuncio a mí mismo para reconfortar mi espíritu solitario: –ten para todos el mismo amor y el mismo olvido.

No es solamente una frase: por un tiempo se ha convertido en mi lema y comprendo que la soledad que se fortalece a sí misma es amor. Al criticarme a mí mismo encuentro el amor: el amor, no en su sentido sexual, sino en el sentido preciso de que soy capaz de producción.

mi generación que más estimo, me invita a beber algunos buenos tragos en los elegantes bares de Arequipa.

Tengo ya una o dos semanas, quizá un poco más, en Arequipa: quisiera volver ya a Lima. No son estos años donde yo hubiera podido ser recibido de otro modo: no me decepciona Arequipa, me decepciono yo de mí mismo. Soy aquí, como en todo sitio, un desconocido: ciertamente prefiero esto a cualquier otra cosa, y ciertamente se me ha invitado —no de un modo que pueda considerar correcto— a un recital.

La soledad: nuevamente. Sólo existe un sentido ante este problema: desaparecer el problema y transformarlo en una solución adecuada.

¿Cuál es la solución (y solución adecuada además) a la soledad? —evidentemente la soledad entre varios es una soledad aún más terrible que la soledad en mí mismo.

Sin embargo, voy conociendo a los escritores arequipeños (espero que a los mejores). Se dice que soy un gran poeta: preferiría no saberlo y mi función es nada más que escribir.

Todavía no he escrito un solo poema en Arequipa: y, además, mi trabajo no me lo permite aún. No son notas para un Diario de viaje a la bella tierra del Misti lo que ahora escribo: expresiones de una angustia en un momento determinado. ¿Y la felicidad?

Es mejor que mi felicidad sea, por ahora, mi angustia: la angustia de no poder resolver el problema de mi soledad: ¿Puede ser esto correcto? ¿No sería aún más correcto decir que todo problema es una metáfora de la soledad aún no totalmente resuelta? —el amor, entonces, precisamente por esto, no es soledad: es una transformación de la soledad en crítica de lo que la vuelve posible. Recuerdo ahora una frase que me pronuncio a mí mismo para reconfortar mi espíritu solitario: —ten para todos el mismo amor y el mismo olvido.

No es solamente una frase: por un tiempo se ha convertido en mi lema y comprendo que la soledad que se fortalece a sí misma es amor. Al criticarme a mí mismo encuentro el amor: el amor, no en su sentido sexual, sino en el sentido preciso de que soy capaz de producción.

Quiero decir: la soledad es un problema sin contenido, y el contenido soy yo. No soy por esto la soledad aun cuando reconozco que sin soledad no existiría el amor y ahora mismo no me encontraría deseoso de que mi amor sea amado.

El atractivamente impresionante monasterio arequipeño: una oración hecha arquitectura de flores como mi corazón en las flores que contemplo.

Tal como hemos quedado con mis amigos cambio continuamente de alojamiento: estoy ahora alojado en el cuarto de un joven poeta nacido en Cusco pero residente en Arequipa: Odi, quien trabaja en la fábrica de un hermano, pero que vive con una hermana ya casada. Odi es demasiado joven como para comprender el trasfondo de la vida pero no deja de ser amable: está lleno de amor, conmigo se muestra cariñoso como he notado que no lo es con algunos otros de sus amigos. Económicamente me ayuda en todo, y salimos a beber también en los bares. Odi prefiere a Beckett: su biblioteca, no muy extensa, sin embargo, posee libros de este autor, que leo apasionadamente, pero donde nos ponemos de acuerdo es en el gusto por la música: a ambos nos gusta el rock and roll, y nos pasamos horas escuchando *New day dawning* y *Bomb site boy* de Siouxi and the Banshees así como otros cassettes de otros grupos de rock. El rock and roll es, a mi modo de ver, una música universal: de algún modo expresa la rebeldía de la juventud en todo el mundo. ¿Cuál es su característica? ¿Cuál es el buen centro de su atracción? Creo que es su angustia —una angustia que musicalmente le viene de los negro-spirituals y del jazz— en cierto modo bastante desgarradora: el rock expresa la convulsión psíquica del individuo en la sociedad industrial, y no necesariamente de un modo exclusivo en la sociedad capitalista, más como una protesta inconsciente que como una respuesta consciente a la agresión del capitalismo. El rock es bello porque no se produce como algo que pasa sino porque sintetiza las pulsiones del cuerpo que se enfrenta a la industria: música de jóvenes sin trabajo, el rock expresa al bello trabajo de una juventud cuyo destino es rebelarse permanentemente contra el pasado. Odi tiene una alocada pasión por el rock que lo hace destellar de felicidad cuando me habla de The Rolling Stones, The Who, o Richard Hell and the Void-Oids:

como yo, sólo que yo busco a su vez pensarlo para expresar su sentido a la sociedad contemporánea.

Ayer en la noche tuvimos una aventura alucinante: salí, con Odi, a buscar una prostituta a la que encontramos en un burdel clandestino situado no muy lejos de la casa de Odi. El día anterior conversamos con la señora que regenta un bar en cuya trastienda, como vimos después, queda el burdel: no habían "chicas" pero entonces compramos una botella de licor y nos fuimos a tomarla a un parque solitario. Pasaron unos muchachos, a quienes preguntamos por un buen lugar donde conseguir prostitutas, y ellos nos invitaron a un dancing. Reflectores de colores que se encendían intermitentemente sobre las parejas que bailaban: licor en abundancia, olor a burdel, cuerpos sudorosos que se estremecían con una música frenética: una orgía. Borracho, agotado por el desecho satisfecho volvimos a casa: volvimos a salir ayer nuevamente. Encontramos a una prostituta totalmente maquillada —medias negras, vestido corto, corpiño rosa ajustado— que nos esperaba en una mesa mal iluminada y que me llegó a interesar más por el hecho mismo del conocimiento del placer en su mundo de comercio, que por la propia prostituta. Pedimos trago, empezamos a emborracharnos. Conozco muy poco (casi nada) a estas mujeres y ahora sé que la prostitución no tiene nada que ver con el sexo y mucho menos con el erotismo (que se supone es sexo en su nivel cultural). Es imposible todo tipo de relación sexual con una prostituta: el sexo allí no existe. Esto es: no me concibo sin una relación en la que todo —la pareja— sea no tan hermoso como su comprensión, y esto solamente puede lograrse con el amor: hablo de comprensión, y hablo de amor sabiendo que éste no existe sin la primera, aunque lo que importa (al menos para mí) es reconceptuar el amor. Su historia, la de esta "chica", no tan consabida como siempre me produjo pena: estudiaba psicología pero había abandonado sus estudios para dedicarse a la prostitución. Según ella, de ese modo podía llegar a conocer mejor la psicología de la gente: para mí era una pena que no hubiese terminado sus estudios pero le aconsejé que escribiese un libro sobre su vida. Bailamos pero todas las ganas de realizar una orgía se me habían pasado: nuevamente volvía a saber que una prostituta no significa amor, pero tampoco placer, sino sólo tristeza, y abandono: el placer que podía



brindarme no me interesaba porque no estaba basado en el amor. Me acosté con ella: esa noche se fue, en ese burdel clandestino y maloliente, el adelanto que la universidad me había dado por mi trabajo. Quedamos en encontramos pero yo no deseaba volver a verla: estaba enamorado de otra mujer, un amor que fuese puro como una flor de bondad me esperaba todavía.

Por las noches me veo con los jóvenes poetas arequipeños: fiestas en casa de viejos bohemios que han recuperado la razón, muchachas que conversan animadamente con la falda levantada sobre los muslos robustos y apetecibles.

Todo intelectual es una función y las funciones varían según las épocas y las sociedades.

Mi función es: 1. acentuar el trabajo intelectual, 2. precisarme su diferencia (y por esto su relación) entre el trabajo intelectual —básicamente análisis de las cosas o mejor: un trabajo en cuanto que actividad visionaria— y lo que, de algún modo, constituye como base el propio trabajo intelectual.

Son mis últimos días en Arequipa: me alojo ahora en casa de Alonso que ha vuelto de Cusco. Se encuentra, también, una muchacha extranjera: muy extraña, muy apartada, no logro sin embargo conversar con ella. Alonso posee una de las más bellas casas de Arequipa: situada en calle Villalba, desde su puerta se posee una hermosa vista del horizonte arequipeño. Está a pocas cuadras de la universidad, y me resulta conveniente. Su familia es amable y soy atendido cariñosamente. Incluso he conversado con el padre de Alonso, que es poeta, y que se muestra amablemente interesado en las cosas que escribo. Su hermana menor —a la mayor la frecuenté un buen tiempo en París— me observa sin poder ocultar una cierta admiración: tiene una sonrisa fresca como una mandarina, y sus ojos son bellísimos. Todo esto me parece hermoso: largas conversaciones con Alonso sobre arte, política, sobre cualquier cosa. Extraño, sin embargo, a mi mujer y a mi hija, y en pocos días más termino mi trabajo en la universidad hacia donde me dirijo, todas las mañanas, a teclear a máquina mi concepción de su función universitaria

así como de su proyección social a la comunidad: por las noches, grandes borracheras con todos los poetas de Arequipa.

Escribo algunos poemas, llevo este diario: deseo ya alejarme hacia Lima.

He realizado una grabación de mis poemas en la casa de Willard Díaz que posee un programa cultural en una de las mejores radios de Arequipa. Pregunto a Marcia Loo, su compañera, una mujer bastante exquisita y amable —que toca perfectamente fugas de Bach sobre el piano apenas se lo solicito—, si en este siglo se han creado formas musicales que pueden ser tan relevantes como las formas clásicas: me dice que en eso consiste precisamente el problema de la música contemporánea. Quizá con excepciones: Orff, Shostakovich, Stokhausen, son algunos músicos con los que nos ponemos de acuerdo para llegar a comprender que ellos han creado nuevas formas musicales, a pesar de las polémicas que algo nuevo siempre produce.

Tomamos algunos tragos, conversamos abundantemente hasta muy tarde en la noche: al salir, Arequipa me parece extrañísima, y hermosa: solitaria, poca gente camina a esa hora por las calles donde vive esta amabilísima pareja.

El Misti parece un hermoso vigía que se levanta en la lejanía para coronar la punta de su forma de embudo con el hielo de setiembre.

Una tempestad violentísima remece ahora la noche de Arequipa.

Mañana salgo hacia Lima: Walter Márquez me ofrecerá un almuerzo de despedida, y cuando éste concluya —luego de que yo vuelva de la universidad— compraré mi boleto de ómaibus, y me embarcaré hacia Lima.

Todo perfecto: mi trabajo no sólo es aceptado por la universidad, también es considerado relevante. Estoy feliz, Lima me espera ahora luego de que yo me aleje de aquí.

II

I

¿Sabe la belleza que nos desgarramos por ella cuando  
amamos?

No puedo anochecer ahora tan irrestrictamente y debo  
tal vez prepararme a florecer en tus pechos que acarician  
estas manos

aún frescas y bellas.

No deseo pensar ahora tampoco cosas abstractas, soñar  
dulcemente un cuerpo resulta irreal cuando no se acopla a su  
amor

y mi amor

-¿cuál sería el amor que te atrapa?-

no es tan cierto como tus ojos que atrapan

estos geranios como gatos dulcemente aferrados a tu cuerpo.

El mundo permanece convulso como un sueño

y no es que estemos en el mundo pero lo hemos interpretado  
como a un Rossini:

yo quisiera tocar el pasto

empapado con flores bajo el lloviznar de tus cabellos

y estar como tú esperándome con los hombros apoyados en  
un eucalipto. Sabes

que estoy un poco de kilómetros más lejos de ti

que tú de ti misma, y la hora de reencuentro se alarga,

esta hora de volver a tu cuerpo enloquece mi arte.

No tengo tiempo para abstraerme del tiempo: el tiempo

por el que empiezo a volver a tu lecho

-como a un cielo en el que vuelo como una libélula- son estas  
breves palabras desesperadamente dulces

que voy a clavar mañana, o ahora mismo,

en el primer correo

que pueda despertar tu deseo antes que yo termine de ponerle

la debida inflexión a estos versos, cuando te pongas a leerlos  
como a una página de Schumann.

Cumplí mi trabajo,  
y esto puede que llegue a satisfacer a la Academia  
pero no al terrible Dios de mi inspiración. Tengo  
otras preocupaciones alocadamente proyectadas como  
tu cuerpo cuando lo acaricio.

No deseé poseer vanidad y supe entonces que ser prudente  
es enloquecer como tus muslos bajo mi cuerpo cuando se  
aparece

el verano en nuestra habitación. El poeta medita  
ahora alejado de su hogar: por él oran mujer e hijos,  
parientes que fueron a despedir la soledad de su rastro  
una noche en agosto cuando el ómnibus —empresa Roggero—  
enrumbó hacia el sur y ya no hubieron  
palabras para decir adiós a un pasado del que no hemos  
podido

sentirnos tan dichosos como el porvenir que te trazo ahora en  
mis versos.

Te he invitado  
a venir hasta aquí donde cielo, flores, noches claras  
como la luna, paisajes bellísimos, torres de piedra elevándose  
hasta tocar el cielo de agosto,  
ven florecer a un hombre desesperadamente perdido  
como tu cuerpo cuando camina esquivando a los letreros  
luminosos.

Calles solitarias,  
escribí versos como flores que arrojé en el rocío  
de la yerba donde unos enamorados se acarician tal vez  
no tan desesperadamente como tú y yo cuando nos  
encontramos.

¿No te parece un hermoso poema, todo esto,  
luna llena flotando al lado de una torre de la catedral de  
Arequipa?

El Misti, una cumbre llena de nieve impecable  
como esta distancia separándonos de él, cuida de nosotros.





en no comprenderme como a un teorema de Fermat, o  
perseguirme,  
pero todo esto –¿una tan severa preparación?– es el hombre:  
una cierta altivez aprendida con los años, la dureza  
de esta vida que termino aprendiendo que la vida  
es una creación ininterrumpida como florecer en primavera,  
y por esto yo he venido a traer una verdad –que está  
entre ustedes y ustedes no la conocen– y cantaré  
el poder de esta tierra, yo como un descendiente directo  
de la maestría de las flores vuelvo ahora con flores en las  
manos,  
para amar a tu cuerpo ahora.

No me hables de muerte: no plantees  
 ninguna separación a estas palabras que habrán hecho  
 brotar flores en tus cabellos, tu propio esbeltísimo cuerpo  
 plantado en medio de una Exposición de pintura  
 como una retama en cuyo temblor yo me veo  
 florecer no tan tristemente como la noche:  
 tienes allí algo de mi soledad  
 inevitablemente esperando a tus labios, algo inasible  
 como tú misma en este cuerpo que te desea.  
 Nadie puede no ser aún mi nombre pero una dulce flor  
 solitaria  
 será siempre hermosa como el relámpago en el cielo  
 de un viajar pero este país donde pasado y futuro son estas  
 flores  
 de mi propia mente en tu sueño configurándome apenas  
 como un amanecer lejanamente entresoñado a mi página  
 y tu poeta perdido en la masa florece como los bellísimos ojos  
 que lo enamoran.  
 No me destruyas, amor: no destruyas  
 lo que te configura en mi página.  
 Muy lejos de tu cuerpo, y en mi propia patria, sé  
 que la madurez puede ser este elaborar mi tristeza  
 una tarde en la que he continuado  
 como una flor en el cielo de tus ojos que me acarician.  
 ¿Podrás tú llegar a comprender alguna vez este amor  
 desgarrándose como una flor en tus manos cuando acarician  
 mis cabellos?  
 Yo he purificado tu cuerpo ahora  
 y aun poseyendo experiencias distintas no es el cuerpo,  
 pasto con flores de este deseo, sino comprendernos como  
 flores  
 lo que podrá liberarnos de esta increíble tristeza  
 en que hemos caído: una tristeza no como mirar al pasado,

flor fresca que ha podido desnudarse en estío una noche  
en un cuarto de hotel para probar una belleza continuamente  
renovada como la flor de este amarnos sobre la yerba,  
atrevernos a beber apenas un trago incluso  
cuando cada quien permanece alejado del otro.

Tengo amor en mis ojos y tú aún no apareces  
como esta luna fresca rodando sobre la yerba con flores  
violetas  
una noche donde yo espero acariciar tus pezones,  
muchachos contemplándose son estas flores pensativas y  
solitarias.  
Tengo este amor y un poco de palabras que buscarán  
aferrarse al sueño donde yo para ti soy un hombre  
enloquecido  
y galante, alguien sin embargo aún emocionándose  
ante las mínimas cosas de la naturaleza: una lluvia  
de flores violetas en el rocío de la fresca yerba de un parque  
como este poema donde yo ahora te acaricio, y mucha  
soledad,  
estas propias palabras que sueño y arrojó, como flores,  
en la yerba que eres bajo la luna de estas palabras que vuelan  
en tus ojos.

No te hablaré de estos campos como de un lienzo sin flor  
cuando bebo ahora este licor de cerezos frente a las flores:

miles de rostros son una sola dulcísima flor feroz  
tras algo que yo dibujo: el amor viaja en agosto  
y yo una noche esperando  
a una joven prostituta aún no llegada  
-como enviada por su deseo de tragarse las flores  
de este cuerpo-

se vuelven

comprensibles como el verano  
mi atormentada estaba en una ciudad cuya energía sonrío  
pero cuya sonrisa no ha de marchitarse tan rápidamente como  
flores de imprecisión sobre el teléfono  
(¿tu número, tu dirección, tu propio cuerpo desnudándose  
en este cuartito de estudiante no son este trazo ligero como  
una pincelada en la noche?)

de Odalía.

Sólo el amor podrá abandonarme no tan dulcemente  
como la soledad de esta máquina que no corre tan  
rápidamente  
como el ómnibus que me trajo hasta aquí  
y como siempre sólo este poema que me transforma en el  
astro  
observado como una flor, el cielo  
de tus labios aún acercándose dulcemente a mi cuerpo  
compruebas nuevamente la existencia del verano que  
permities.

¿Puedo decir otra cosa en una ciudad sobre la que siembro  
estas pocas palabras, una mesa y un vaso de chicha morada  
bajo la bóveda de este cielo hermoso donde como un pozo yo  
abrevo en tus senos?

No

te hablaré de grandes campos en yerba crecida, brotes



de cebolla como tu pubis, o pechos, y gente  
como álamos rosados que brotan en el pasto de esta ventana  
-perspectiva de una película por filmar-  
donde yo me permito brindar por esta belleza que eres,  
toda vestida de verde, y el pincel

de tus manos atreviéndose a tocar  
el poema que lees en una tarde con sol donde yo  
para ti soy apenas un forastero romántico como un alocado  
muchacho desnudo en tus muslos,  
pelo crecido y roja casaca de corduroy granate.

No te hablaré de campos nocturnos y sin embargo escribo  
el poema que se traga a tu cuerpo como a una flor:  
esta rebeldía serenamente presentida en tus pechos fieros  
como

una flor es amor a tu nombre,  
Arequipa, una tarde de sábado en que Arequipa es Odalia  
y yo estoy aquí solo

en todos estos bares buscándote para afianzar esta alianza,  
costa y sierra, tu cuerpo y el mío: ahora  
que he venido a traerte ebriedad y locura y en tu cuerpo  
como en una ciudad con sus geranios que acaricio  
en tus labios yo enloquezco dulcemente. Paseé  
en tus calles de sillar que la aurora, o mis manos,  
labraron aún cuando tú ni yo existíamos

y todo esto son tus pechos, o mi cuerpo acoplándose  
a ti ahora que vuelvo a coger el teléfono  
y te encuentras conmigo

en algún lugar de Arequipa, jacarandás, y flores  
de papel morado en tus cabellos, este poema donde  
finalmente

el poeta y su amada se encuentran, para ser apenas  
una flor amorosa donde el amanecer se reconoce.

Debo alejarme ya de esta tierra como de un tiempo  
en el que tal vez no mi música: un simple trabajo apenas  
como el haber precisado el sentido del mundo floreciendo  
como

estos versos ha de tomarse en cuenta.

¿Volverá a brotar tristemente yerba fresca bajo el silencioso  
cuerpo de gato ahora que parte hacia Lima?

Han envejecido los antiguos señores, los bellos volúmenes  
si no están armoniosamente dispuestos no se leen: se  
marchitan

como flores que no son estos versos.

¿Quién irá a recibirme al Paradero donde haber embellecido  
a la realidad será este estrechísimo abrazo bajo el cielo  
despejado?

Estoy ahora esperando ya mi partida, el poder retornar  
a los pechos de mi mujer que me espera como a un Concerto  
en Re mayor

de Bach cuando enciendo la radio.

Llevaré lentamente dulce de higos a tus labios,  
y frutas acarameladas para la hija cuya aparición en el poema  
es como esta mañana llena de sol sobre mis cabellos.

Todo volverá entonces a ser inseparable como una pasión,  
nada podrá oponerse a entrelazar nuestras manos para  
contemplar  
el amanecer del verano.



